

De "El Loto Blanco"

FATALISMO, DETERMINISMO Y LIBRE ALBEDRIO

SI como creen los musulmanes, está escrito todo cuanto ha de sucederle al hombre, ¿de qué serviría la voluntad? ¿Qué fundamento tuviera la doctrina del libre albedrío? Seríamos autómatas sujetos al arbitrio de un destino fatal de causa desconocida, superior y anterior a nosotros, impotentes para alterar las condiciones establecidas en nuestro ser sin otra razón que el antojo de quien nos dió una vida que no pedíamos y nos puso en un mundo en el que todos entramos llorando y del que pocos salen riendo.

Pero aunque la teoría fatalista predomine con caracteres de dogma en el islamismo, tiene también en el mundo cristiano millones de adeptos inconscientes que, a pesar de las enseñanzas recibidas y no asimiladas, de las predicaciones oídas y no escuchadas, ni menos entendidas, creen a pie-juntillas en lo que ingenuamente llaman *la planeta*, o sea en resumidas cuentas la fatal sujeción del hombre a lo que por su destino le ha de suceder, sin que ni la más recia voluntad sea capaz de evitarlo.

¡Supersticiones del vulgo! exclamarán los filósofos de ateneo enciclopédico. Sin embargo, tal fué la creencia dominante entre los magnates, príncipes y no pocas lumbreras intelectuales de la Edad Media, entre ellas nada menos que Alberto el Magno.

Si el fatalismo fuera, como suponen sus creyentes, una deliberada predestinación de las humanas acciones, de modo que en

vano se esforzara la voluntad en evitar los sucesos tan sin razón preestablecidos, serían palabras vanas la libertad y la responsabilidad, holgarían los códigos, las leyes y los tribunales de justicia, porque no regirían en la vida individual y colectiva otras leyes que las del destino, fatalmente expresadas en aquella incomprendida sentencia: *no se mueve ni una hoja de árbol sin la voluntad de Dios.*

Con todo, algo de verdad hay en el fatalismo, aunque no en el sentido ni en el concepto de *inevitable* que el vulgo le atribuye. El destino, hado, karma, planeta, kismet o como quiera llamársele, es sin duda el conjunto de vicisitudes, circunstancias, ocasiones, obstáculos y facilidades que han de constituir el ambiente del individuo durante la vida terrena limitada por la cuna y el sepulcro. El cómo, cuándo y por qué establece el destino tanta diversidad de condiciones como individuos, favorables en unos, adversas en otros, dichosas en muy pocos, angustiosas en los más, terribles en algunos y entreveradas de dolor y gozo en todos, sólo puede explicarse racionalmente admitiendo la doctrina de la evolución del espíritu humano, tan ampliamente como admite hoy la ciencia la evolución de la materia y de la forma. Si admitimos la evolución del espíritu, comprenderemos que haya de ir actualizando gradualmente sus potencias volitiva, intelectual y emotiva, o sean la voluntad, la inteligencia y la sensibilidad. Si el espíritu no evolucionara, todo ser humano poseería en el mismo grado las mismas características de voluntad, inteligencia y sensibilidad, so pena de que el Creador hubiese procedido con parcialidad y por lo tanto con manifiesta injusticia en la creación de las almas. Desde el momento en que unos hombres tienen más fuerza de voluntad, más inteligencia y más sensibilidad que otros, y no así con leves diferencias, sino con la enormísima que separa a un zulú de Newton y a un antropófago del Camerón de San Francisco de Asís, cabe preguntar: ¿No salieron igualmente del propio seno de Dios estas cuatro almas, estos cuatro espíritus libres y responsables? Pues ¿en qué consiste tan profunda diferencia en su actuación? ¿Por qué la inteligencia de millones de salvajes es tan roma como la de un pingüino y la de Newton tan aguda que horada el firmamento y descubre el quicio de los astros? ¿Por qué la sensibilidad del caribe ha de estar tan embo-

tada que no perciba las palpitaciones de su propio corazón en el de su semejante? ¿Por qué, la sensibilidad del serafín de Asís ha de ser tan delicada que trascienda su amor del reino humano y lo derrama también sobre todo cuanto vive, reconociendo la unidad de la vida en la diversidad de las formas?

Al meditar sobre estos fenómenos de la psicología humana no podrá menos de admitir la evolución del espíritu todo aquel que, libre de prejuicios y fanatismos, no halle ningún otro discurso con qué dar satisfactoria solución al problema de la vida.

Admitida la evolución del espíritu y el gradual desenvolvimiento de sus potencias, se explica fácilmente que siendo la voluntad una de ellas, necesite, como necesita toda potencia, una *resistencia* para fortalecerse y vigorizarse. Esta resistencia es precisamente el conjunto de vicisitudes, circunstancias, ocasiones, obstáculos, facilidades, dichas e infortunios que, *según su grado de evolución, opone* la ley de la vida al alma humana durante su permanencia en este mundo, de modo que su *voluntad* se esfuerce en *contrariar* lo adverso y *aprovecharse* de lo favorable para acrecentar la fuerza de su voluntad con el vencimiento de la resistencia.

Es posible que quienes cuelean el mosquito y se tragan el camello, exclamen indignados: ¡Herejía! ¡herejía! Eso huele a neoplatonismo o cosa parecida. Pero ahí tenemos a un ingenio tan esclarecido y fértil como Calderón, a quien nadie podrá tildar de heterodoxo, que en su magistral obra *La vida es sueño*, plantea sin pretensiones de drama de tesis, el problema del fatalismo en sus relaciones con el libre albedrío, y lo resuelve con una alteza de concepto y una tan admirable intuición de la verdad, que supera a cuantos pensadores, filósofos, psicólogos y teólogos trataron de estas arduas cuestiones metafísicas, y coincide con el criterio sustentado hoy día por los que, como el profeta Eliseo, ven con los ojos del espíritu.

La vida es sueño se representó sin reparo de la censura en la época de mayor prestigio de la Inquisición española, cuya suspicacia no hubiera dejado en limpio ni una tilde sospechosa de heterodoxia. Recordemos el argumento:

El rey Basilio de Polonia, más aficionado a las matemáticas y a la astrología que a la política, tuvo en su esposa Clorilene un hijo a cuyo nacimiento *se agolaron de prodigios los cielos*. Repetidas veces soñó su madre, durante el embarazo, que atrevi lo rompía sus entrañas un monstruo en forma de hombre que le daba muerte. Nació en un día de eclipse total del sol acompañado de conmociones sísmicas y violentos pedriscos que arrasaron las tierras y enrojecieron las aguas de los ríos. La madre murió de sobrepardo, en cumplimiento del sueño, a pesar de que entonces como ahora es contrario al primer mandamiento creer en sueños. El rey Basilio dedujo de sus conocimientos astrológicos el horóscopo de su hijo Segismundo, viendo que había de ser el hombre más atrevido, el príncipe más cruel y el monarca más impío, que arruinaría el reino y su mismo padre caería rendido a sus plantas.

Determinóse el rey Basilio a contrariar el vaticinio de los hados, por ver si su ciencia tendría dominio sobre las estrellas, y a este fin mandó pregonar que el infante había nacido muerto, pero encerrándolo bajo la custodia del alcaide Clotaldo, único sabedor del secreto, en una torre labrada entre peñas y riscos, a la que nadie podía acercarse so pena de muerte. Allí creció Segismundo sin ver otro rostro humano que el de su carcelero Clotaldo, hasta que, arrepentido el rey de haber dado tan fácil crédito al horóscopo, declaró ante su corte, que bien pudiera Segismundo vencer con su albedrío la inclinación del destino, «porque el hado más esquivo, la inclinación más violenta, el planeta más impío, sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío.»

Con estas entrecomilladas palabras, puestas en boca del rey Basilio, se muestra Calderón partidario de la ortodoxa doctrina del libre albedrío, y opuesto al fatalismo, dando a entender que la voluntad cuando quiere y el entendimiento cuando conoce, *pueden* dominar el destino en vez de sujetarse a él, aunque, según veremos más adelante, se requieren para ello determinadas condiciones que no siempre dependen del conocimiento y de la voluntad. Pero prosigamos relatando el argumento de *La vida es sueño*:

Para hacer la prueba, manda Basilio sacar de la torre a su hijo mientras duerme bajo la acción de un narcótico, y al despertar se ve Segismundo servido y aclamado por príncipe heredero y gobernador general del reino por determinación de su padre. Pero el príncipe muestra su violentísimo carácter, según había vaticinado el horóscopo, y al convencerse el rey de que su hijo carecía de la necesaria fuerza de voluntad para reprimir su condición y vencer al destino, vuelve a sumirle en profundo sueño por la acción del narcótico que le da por mano de Clotaldo, y lo encierran otra vez en la torre donde al despertar cree que ha sido sueño todo cuanto le ha pasado.

Tranquilizada la conciencia del padre por haber puesto a prueba la voluntad de su hijo, por ver si queriendo podía sobreponerse al hado, nombra heredero de la corona a su sobrino Astolfo, duque de Moscovia; pero el pueblo y parte del ejército recusan a Astolfo por su condición de extranjero, y como ya es notoria la existencia del heredero legítimo y toda Polonia está enterada de lo ocurrido, estalla una sublevación a favor de Segismundo y en contra del rey Basilio y de su sobrino Astolfo. Los sublevados sacan en triunfo de su encierro a Segismundo, quien se coloca a su frente y en batalla campal vence a las tropas leales, que, por vencidas, se convierten en traidoras. El rey Basilio y Astolfo se esconden en el monte, pero aunque el rey puede huir mientras Astolfo le guarda las espaldas, prefiere entregarse a su hijo, a cuyas plantas se arroja impulsado por la fuerza del destino. Pero Segismundo aprendió la lección que le diera la breve experiencia que le pareció sueño, y logra vencer al hado vencándose a sí mismo; y levantando a su padre del suelo en donde postrado estaba, se rinde a sus plantas, ofreciéndole su cuello para venganza. Enternecido el rey por tan noble acción, le declara vencedor y digno del laurel y la palma.

En diferentes pasajes de este incomparable drama, da a entender Calderón, por boca de sus personajes, que no es la astrología judiciaria una vana ciencia ni una ridícula superstición como hoy aseguran los astrónomos de telescopio y fotografía, que sólo observan movimientos, miden distancias, calculan magnitudes, predicen eclipses y son, por decirlo así, los ingenieros de la mecánica celeste, sin que su mente en demasía concreta alcance a descubrir los arcanos del dinamismo espiritual del universo.

Entresaquemos los pasajes en que Calderón y con él la censura eclesiástica de su tiempo dan carácter de ciencia verídica a la astrología judiciaria. Dice así el rey Basilio:

Esos círculos de nieve, esos doseles de vidrio, que el sol ilumina a rayos, que parte la luna a giros; esos orbes de diamantes, esos globos cristalinos, que las estrellas adornan y que campean los signos, son el estudio mayor de mis años, son los libros donde en papel de diamantes, en cuadernos de zafiro, escribe con líneas de oro en caracteres distintos el cielo nuestros sucesos, ya adversos o ya benignos.

Esto no es ni más ni menos que la doctrina orientalista según la cual todos los sucesos pasados y futuros están impresos, como proyección de película en la pantalla, con estereotipada fijeza, en la materia cerúlea a que en sánscrito llaman *akasa*. Sin embargo, los sucesos futuros no están preestablecidos caprichosamente,

sino que son consecuencia natural de los pasados, como el efecto lo es de la causa y la reacción de la acción.

Ahora bien, la voluntad humana es una fuerza cuya acción es el querer, y como tal fuerza puede establecer *libremente* otras causas cuyos efectos sean contrarios a los resultantes de las causas anteriores cuyo efecto han de ser los sucesos vaticinados, pero no fatalísticamente, por el horóscopo.

En otro pasaje dice Clarín, herido de muerte:

Soy un hombre desdichado, que por quererme guardar de la muerte, la busqué. Huyendo de ella, encontré con ella, pues no hay lugar para la muerte secreto; de donde claro se arguye, que quien más su efecto huye es quien se llega a su efecto. Por eso tornad, tornad a la lid sangrienta luego que entre las armas y el fuego hay mayor seguridad que en el monte más guardado, pues no hay seguro camino a la fuerza del destino y a la inclemencia del hado. Y así, aunque a libraros vais de la muerte con huir, mirad que vais a morir si está de Dios que muráis.

A esto responde el rey Basilio:

Que son diligencias vanas del hombre, cuantas dispone contra mayor fuerza y causa.

Ambos pasajes parecen cohonestar la doctrina del fatalismo; pero bien examinada la declaración de ambos, se echa de ver que no es que Dios haya decretado a su antojo la muerte de quien ha de morir violentamente a pesar de huir de la muerte, sino que la voluntad del sentenciado no fué lo bastante recia para establecer una nueva causa contraria y mayor que la que anteriormente por él mismo establecida había de tener por efecto su muerte.

Análogo razonamiento cabe aplicar a las palabras del rey, pues si bien dice que son diligencias vanas del hombre cuantas dispone contra mayor fuerza y causa, es evidente que si con su voluntad, con su firme querer y su cuerdo conocimiento las dispusiera de modo que la fuerza y la causa contrarias fuesen *menores* que la fuerza de su voluntad y la nueva causa por esta fuerza establecida, resultaría vencedor del destino.

Así lo confirma prudentemente Clotaldo al decirle al rey:

Aunque el hado, señor, sabe todos los caminos, y halla a quien busca entre lo espeso de las peñas, no es cristiana determinación decir que no

hay reparo a su saña. Sí hay; que el prudente varón, victoria del hado alcanza, y si no estás reservado de la pena y la desgracia, haz por donde te reserves.

Es decir, establece una causa propicia, haz algo bueno en tan alto grado que te reserves, esto es, que te libres de la pena y la desgracia con que te amenaza el destino que con tu anterior conducta tú mismo estableciste.

Segismundo corrobora también la veracidad de los horóscopos, o sea del destino con que el individuo nace, pero que le cabe alterar en próspero si es adverso, con su prudente conducta, o agravar más con su siniestro proceder. Dice así:

Lo que está determinado del cielo y en azul tabla Dios con el dedo escribió, de quien son cifras y estampas tantos papeles azules que adornan letras doradas, nunca engaña, nunca miente.

Asimismo parece esto una defensa del fatalismo; pero decir que lo que está determinado del cielo nunca miente, no es decir que irremisiblemente haya de suceder, sino que no engaña lo escrito por el dedo de Dios como resultado de las anteriores acciones de quien cuyo destino señala. Y así el horóscopo, cuando bien de él se usa, sirve de lección preventiva que bien aprovechada con la seguridad de que *no engaña ni miente*, puede servirle al hombre para regular su conducta de modo que el albedrío prevalezca contra el destino.

Pero si el horóscopo se profana en manos de charlatanes y logreros que lo sacan a tanto el cuanto y sólo le sirven de curiosidad o de espantajo a quien lo compra, no pasa de ser entonces la astrología una tan vana superstición como la de los mentalistas, echadoras de cartas, sonámbulas y adivinas de pan ganar.

El horóscopo ha de ser cálculo y traza de un profundo conocedor de la dinámica celeste, del grandioso pentagrama de la música de las esferas, de la fraternal solidaridad de los mundos, soles y sistemas en la diversificada unidad del Cosmos. Y quien de tan auténtica procedencia recibe lo que bien pudiera llamarse la estadística de sus antecedentes penales, ha de aprovecharla como verdadero aviso del cielo para normalizar su conducta y

gobernar su vida, de modo que cuando sobrevenga la vicisitud, contingencia, ocasión o circunstancia vaticinada en el horóscopo, *pueda* resistirla y vencerla si es adversa o acrecentar su eficacia si fuese próspera.

Estas razones coinciden punto por punto con las que pone Calderón en labios del príncipe Segismundo, cuando, después de decir que el horóscopo nunca engaña ni miente, añade que quien miente y engaña es el que por mal usar de él y no aprovechar sus lecciones, pretende esquivar torpemente sus vaticinios.

El rey Basilio se amedrentó al ver el horóscopo de su hijo y el temor llevóle por el camino opuesto al que debía seguir, pues deseoso de excusarse a la saña de la condición de su hijo, le hizo una fiera humana, de suerte que aunque hubiese nacido dócil y humilde bastara tal linaje de crianza para hacer fieras sus costumbres. Dice Segismundo:

La fortuna no se vence con injusticia y venganza, porque antes se incita más, y así quien vencer aguarda a la fortuna ha de ser con cordura y con templanza. No antes de venir el daño se reserva ni se guarda quien le previene; que aunque puede humilde reservarse de él, no es sino después que se halla en la ocasión, porque ésta no hay camino de estorbarla.

En el precedente pasaje está enunciada admirablemente la universal ley de causalidad o de causa y efecto, de acción y reacción, en que la voluntad humana es de por sí una fuerza componente del complicado sistema del universo moral, pero capaz de coincidir con la resultante en magnitud, intensidad, dirección y sentido.

El fatalismo tiene razón en cuanto no hay camino, no hay medio ni modo de impedir que sobrevenga la ocasión, esto es, la vicisitud, contingencia o circunstancia que ha de servir de *resistencia* a la *potencia* de nuestra voluntad. Por lo tanto, lo importante es fortalecer la voluntad por medio de la educación, para que cuando llegue la adversidad, *queramos, sepamos y podamos* resistirla y vencerla.

El rey Basilio no cae rendido y humillado a los pies de su hijo porque *fatalmente* había de suceder así por sentencia del cielo, sino porque «erró en el modo de vencerle».

Hay otra especie de fatalismo en apariencia más lógico, según

el cual si Dios lo tiene todo presente y ve desde el principio al fin cuanto ha sucedido, sucede y ha de suceder, no *podrá* la voluntad humana, por más que *quiera*, variar ni un ápice el plan de Dios.

Sin embargo, reflexionando sobre este punto, advertiremos que la divina voluntad no se opone al albedrío de la voluntad humana, cuya acción es libre dentro de los límites y bajo las condiciones del mundo que tiene por campo de experimentación; pero como Dios es omnisciente, omnipotente y está en todas partes por esencia, presencia y potencia, *conoce el uso que cada cual ha de hacer de su albedrío* sin que por ello violente la voluntad humana.

El determinismo, revestido de ostentoso ropaje científico, no considera al hombre sujeto a un destino fatal e inevitable; pero en el fondo, esta doctrina no es más que una modalidad atenuada del fatalismo, pues se funda en que por no haber efecto sin causa, todo tiene un motivo determinante, y en consecuencia todo está determinado por las inmutables leyes que rigen el universo, contra las cuales es impotente la voluntad humana. Según los deterministas, todas nuestras acciones, buenas o malas, están determinadas por un *motivo*, y cuando el hombre se ve impelido a la acción por varios motivos contrapuestos, cede al más poderoso, como si en nuestro interior hubiese un sistema de fuerzas psíquicas cuya resultante determinara la acción. Así, según dice Leibnitz, sería el alma humana un autómatas espiritual con los motivos por muelles y los pensamientos y emociones por pesos y contrapesos.

Si no admitimos la evolución del espíritu, o sea de la conciencia, en correlatividad con la evolución de la vida y de la forma, ya admitida por los científicos, tienen razón los fatalistas y los deterministas cuyas doctrinas son como los dos lados de un ángulo unidos en el vértice común. Pero si admitimos la evolución del espíritu humano y vemos en el universo su campo de evolución, quedan armónicamente conciliadas las tres doctrinas del fatalismo, el determinismo y el libre albedrío, que sin el reconocimiento de la evolución espiritual no es posible conciliar ni tampoco comprender la razón de los innegables fenómenos psicológicos en que el fatalismo unas veces y el determinismo otras, prevalece evidentemente sobre el libre albedrío. Admitida la evo-

lución espiritual, se infiere de ella que la voluntad no está igualmente actualizada en todos los individuos, y es más o menos flaca o más o menos recia según el grado de evolución de cada cual. Quienes todavía la tengan débil, los abúlicos, no podrán vencer su destino, es decir, los penosos efectos de las causas establecidas por sus siniestras acciones, pues la fuerza de su voluntad será nula o insuficiente para establecer otra causa que produzca efectos iguales y contrarios a los que, como espada de Damocles, penden sobre ellos. No le queda al abúlico otro remedio que sufrir los rigores de la suerte porque su voluntad es incipiente. Está sujeto al fatalismo. La resistencia es mucho mayor que la potencia.

La voluntad de quienes están en el promedio de la evolución espiritual se parece a una balanza de continuo oscilante entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, movida por el incesante desequilibrio de las pesas (emociones, deseos, pensamientos, tentaciones, apetitos, etc.) cuya dinamicidad varía a cada punto de uno a otro platillo. En este caso la potencia es unas veces mayor, otras menor y otras igual a la resistencia. Es el período de lucha, de combate entre los motivos determinantes y la voluntad que se determina. Frecuentemente vencerá el motivo dimanante de la naturaleza inferior, sin que inter venga el albedrío; pero de cuando en cuando obtendrá la voluntad señalados triunfos que la robustezcan y predispongan al pleno ejercicio de su libre albedrío.

En la superior etapa de la evolución, el hombre ha educido por completo todas las facultades de su espíritu. La voluntad y el conocimiento culminan en el pináculo de la perfección. Ha cumplido el hombre el sublime consejo con que corona Cristo el sermón del Monte: «Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» Goza entonces de la libertad suprema y absoluta, la libertad de las pasiones; ha dominado su naturaleza inferior. Es dueño de sí mismo. Tiene la perfecta autonomía de su voluntad. El *querer* que es *poder*.²

FEDERICO CLIMENT TERRER.

Del diario "El Sol"

EN un interesante artículo de Corpus Barga, publicado en el periódico «El Sol», se encuentran consideraciones de singular interés referentes a Mauricio Maeterlinck, de entre las cuales reproducimos las siguientes:

«Y Mauricio Maeterlinck reconoce esa hemiplejía humana en estos términos: «Parece, en efecto, que haya en el cerebro humano un lóbulo oriental y un lóbulo occidental, que nunca han funcionado al mismo tiempo. El uno produce aquí la razón, la ciencia y la conciencia; el otro secreta allá la intuición, la religión, la subconsciencia. El uno no refleja más que lo infinito y lo incognoscible; el otro sólo se interesa por aquello que puede limitar, que espera comprender » Maeterlinck concluye: «El lóbulo occidental, al menos en la extensión más activa de nuestro globo, ha paralizado hasta ahora y casi aniquilado los esfuerzos del otro. Le debemos extraordinarios progresos en todas las ciencias materiales, pero también catástrofes como las que hoy sufrimos y que, si no tenemos cuidado, no serán las últimas ni las peores. Es tiempo, parece, de despertar al lóbulo paralizado, pero le hemos olvidado tanto, que no sabemos ya a punto fijo lo que puede hacer.»

Maeterlinck, como lo hizo Bergson más autorizadamente, como tantos otros, expresa con motivo de la guerra un anhelo muy dado al equívoco. De sus citadas palabras, se puede desprender una atención loable hacia lo moral, pero a costa de la ciencia. ¿Y por qué se tiende a despreciar la ciencia? Porque se siente el fracaso en la civilización occidental. Pero ¿qué es lo que ha fracasado en esa civilización? Evidentemente, no la ciencia. El que ésta no sea la moral y la dicha humanas, no habrá quien lo considere como un fracaso científico. Hoy resulta una postura poco científica la suposición de que la ciencia va a descubrir el objeto y los fines del ser. Pascal se puso a medir lo incognoscible sin profanar a la geometría.

Lo que ha fracasado es la moral en nuestra civilización, como en todas las civilizaciones de que hay historia. Y precisamente, si no los salvaran las

ciencias, hombres como Mauricio Maeterlinck caerían en el más oscuro fanatismo. Pero cada vez al hombre culto le será más difícil volver a la estrechura de una religión, por lo mismo que cada vez al artista le será también más difícil volver a la fórmula clásica. Los descubrimientos científicos que dan a conocer otras civilizaciones y otras artes son los que mejor pueden producir la revolución moral, religiosa y artística. Claro está (y no vea en mis palabras el necio una grosera chabacanería) que la Santísima Trinidad pierde algo de su misterio si se considera su antecedente, la Trinidad bramánica. Mientras otra ciencia, la economía, da a las gentes la esperanza de una vida social mejor, la vulgarización de las ciencias que investigan en el pasado les confirman, a esas mismas gentes occidentales, el sentimiento humanitario de que su vida, su manera, su cultura, no es superior a la de los árabes o los chinos. Ya ni un socialista cree en el porvenir como en un edén, y esto es así justamente porque el edén socialista asoma ya. Parece que el hombre va perdiendo el sentimiento secular, afirmado en cada siglo, en cada momento, de lo que pudiera llamarse el egocentrismo temporal. La cultura es copérmica: aplica al tiempo las teorías de Copérnico sobre el espacio; busca su sol remontado al través de las anteriores culturas; comprende su propia falta de totalidad cuando descubre la sabiduría antigua y; no se detiene en el Oriente, remonta hasta la cosmogonía hiperbórea del Lemur o del Atlante. Por lo menos, tal lo cree Mauricio Maeterlinck.

* *

¿Y qué sabe Maeterlinck de la Atlántida? Lo que cuenta Platón, en «Timeo», que uno de los sacerdotes de Sais le dijo a Solón, y lo que han dicho modernamente, Scott Elliot, Steiner y Roisel. Según éstos, hace más de doce mil años hubo un pueblo maravilloso que desapareció dejando rastros en las Galias, el Egipto, la Persia y las Indias. Ese pueblo tenía una geometría que empezaba donde concluye la nuestra, la de Euclides o de tres dimensiones; conocía la precesión de los equinoccios, las modificaciones de los astros; sabía temprar el cobre; había explorado y colonizado todo el globo; era capaz de mover fuerzas que transportaban a distancias enormes, rocas de 1,500 toneladas, y sembró por el mundo más piedras movibles, las «piedras locas» de 500,000 kilos. Los monolitos esculpidos de la isla de Pascuas, en la Polinesia, que son las más antiguas efigies humanas conocidas, se consideran por Maeterlinck y la tradición esotérica, como retratos de los últimos atlántes (mejor fuera decir lemures, pues por estos parajes lo que se levantaba era la Lemuria).

* *

Pero estas concepciones, ¿no son las que tenemos ya con nuestros conocimientos actuales, no son ya nuestra sabiduría? Sí o no, según se nos presenten. Las reconocemos enseguida cuando nos presenta la reencarnación

del rey en el gusano el sepulturero de Shakespeare. Maeterlinck, tan de Shakespeare, hace con la filosofía una literatura que voy a comparar, acaso entre el asombro de sus lectores, a la que hacían Julio Verne y Wells con la ciencia. Lo que hacían éstos con la ciencia aplicada es lo que hace Maeterlinck con la ciencia pura. Desde los bordes de la ciencia, Wells tendía su imaginación a nuevas aplicaciones, a nuevas mecánicas, a nuevas cosas. Desde los bordes de la ciencia, Maeterlinck tiende su imaginación a nuevas abstracciones, a nuevas sombras, a nuevas personalizaciones.

Personalizar la abstracción es un viejo procedimiento literario. En Maeterlinck es sistemático y magistral. Llega a constituir una literatura honda dramática, interesante, como una novela, y que no es novela ni drama. Por ejemplo, es una meditación sobre la herencia y la preexistencia. Maeterlinck conoce muy bien los límites científicos y no se extralimita: la «herencia es incontestable» y la «preexistencia, necesaria». Pero el literato empieza a hacer sombras de las tendencias diversas reunidas en cada yo; y las sombras, con una melopea de adjetivos, cobran vida, se convierten en muchas vidas que viven sus intrigas, sus heroísmos y sus tragedias en la sociedad aposentada sobre nosotros mismos. La psicología es, sin duda, la crónica de esa sociedad. Nosotros somos, según Maeterlinck, «una especie de encrucijada donde se cruzan todos los caminos del pasado, del presente y del porvenir, una venta al borde de los caminos eternos, donde se reúnen a pasar unos días todas las vidas que forman nuestra vida».

Gran motivo para esta clase de literatura es, naturalmente, el espiritismo. Maeterlinck no lo desaprovecha cuando cae sobre un libro cual «Raymond, or Life and Death» del gran físico y espiritista inglés sir Oliver Lodge, que cuenta cómo este habla con su hijo Raimundo, muerto en la guerra. Maeterlinck no es espiritista. Se queda con el fondo científico que tienen esas manifestaciones de aire tan absurdo, y siempre desde los límites de la ciencia hace pasar, como la sombra de una nube, la sabiduría antigua de la India, la cosmogonía antediluviana, prehistórica, inmemorial del atlante.

Algunas novísimas y desconcertadoras teorías científicas le sirven también de motivos excelentes a Maeterlinck. ¡Qué bien sabe el literato aprovecharlas! Aquí sabe cambiar los papeles. Las acompaña hasta que empieza el desconcierto. Toma la teoría de Hélan Jaworski de que la pequeña evolución embrionaria que preparara el nacimiento del hombre repite la gran evolución terrestre; y le deja solo a Jaworski con su hipótesis de que esta gran evolución es, a su vez, un vasto período embrionario que prepara el nacimiento de algo inimaginable. Al literato le basta con la primera parte; ahora no va a hacer literatura de la ciencia, sino a llenar de ciencia la literatura; va a personalizar, no abstracciones, materias; va a verter la materia en los moldes de la personalización; va a dar realidad a las metáforas; es decir, que en vez de hacer metáforas va a deshacerlas, a darles vida.

«Así, pues, —escribe Maeterlinck—, no solamente en sentido figurado, como lo presentía el lenguaje al hablar del árbol vascular, de las ramas de

nervios, del racimo del ovario, no solamente por analogía, sino al pie de la letra y en todo su rigor científico, nuestro corazón es, en el fondo, una medusa; nuestros riñones son esponjas, nuestros intestinos representan los pólipos y nuestro esqueleto los políperos; nuestros órganos reproductores son gusanos o moluscos, la columna vertebral y la médula reemplazan a los equinodermos, mientras que los braquiópodos y los etnóforos renacerían de nuestro ojo, los reptiles se reconocerían en nuestro aparato digestivo y los pájaros en nuestro aparato respiratorio».

Ya no somos una venta al borde de un camino, ahora somos, según Maeterlinck, «una colonia prehistórica, inmensa e innumerable, una aglomeración viviente de todo lo que vive, ha vivido y probablemente vivirá sobre la tierra». La diferencia de imágenes veis que encierra una misma, constante alusión.

* *

Y es que Maeterlinck no sólo es el literato que sabe mover—y esto ya lo hace bien—una cola de adjetivos: es un pensador. Escéptico en la fe, preciso en la indeterminación, el resultado filosófico de su obra de hoy consiste en amueblar, en hacer habitable lo abstracto, lo desconocido y lo desolado. Cierto que consolar al triste es una obra de misericordia y no de filosofía.

Mauricio Maeterlinck, con el ambiente grato que recoge en la Costa Azul, se asoma a los libros más viejos y a los más nuevos; y cuando encuentra una idea negra, entra en ella como en un cinematógrafo. Cuando se cansa de leer se va al Casino de Montecarlo, y lo mismo que asomaba a los libros, se asoma a la sala de juego; ve levantarse la sombra del azar y personaliza al destino.

De estos quehaceres salen hoy sus trabajos literarios, grandes como artículos de periódico, que, reunidos bajo un título simbólico («Les Sentiers dans la Montagne», París, Eugène Fasquelle, éditeur), forman un volumen literario, filosófico y confortable, de más éxito en Inglaterra que en Francia.

* *

«La Jeune Fille aux Pinceaux» («l' Edition Française Illustré, dibujo de Ramón Picho) una novelita que ha escrito Juan Pellirin, y que viene a ser un ensayo más (quizá un poco vodevil) de volver a la novela de aventuras. El éxito tan discutido de Pedro Benoit en «Kœnigsberg» y en «L'Atlantide», da alientos nuevos a esta tendencia. El éxito verdad es para las traducciones que se están haciendo de las admirables novelas de aventuras de Daniel de Foé.

Pellirin lo que hace bien es el «pastiche», género eminentemente francés, que tiene en España un cultivador: Mariano de Cavia, en sus «Despachos del otro mundo».

También se sigue cultivando la novela académica. Ha publicado «Une honnête femme» (E. de Bossard, éditeur, París) Enrique Bordeaux, a quien podría llamársele, si no fuera tan odiosa esta manera de comparar, el Ricardo León de la literatura francesa.

* * *

Los mensajes y discursos del presidente Wilson han pasado a la Historia. Acaban de ser publicados en francés, en dos volúmenes de las ediciones Bossard.

CORPUS BARGA.

París y agosto.

*
* *

ASUNTOS DIVERSOS

PARRAFOS DE UN DISCURSO DE D. JOSÉ VASCONCELOS

Damos a continuación varios párrafos llenos de sabiduría e inspiración tomados del Discurso del Sr. Lic. don José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública de México, pronunciado el 16 de noviembre de 1921 en la ceremonia conmemorativa del sexto centenario de la muerte del Dante, los cuales evidencian que, por fortuna, hay hombres eminentes de nuestra raza y de nuestro tiempo suficientemente desenvueltos de inteligencia y de voluntad para poder sostener su mirada en el renaciente amanecer de grandeza espiritual que nos ofrece la Sabiduría Antigua, sin sentirse presa de la ofuscación ni del temor que anula tantos entendimientos cultivados.

Dicen así dichos párrafos:

«Claro presagio es poder celebrar el centenario de Dante junto con la apertura de esta Sala de las Discusiones libres, que el Gobierno de México dedica a los ingenios de todo el mundo, para que en ella mediten, discutan, construyan o expongan ideas y doctrinas. Un recinto amparado con un nombre indostánico de la época de los Asokas y el Buda, y a la entrada, como evocación sublime, la figura del más alto, del más inspirado de los poetas del mundo. Coincidencias extrañas al parecer, inexplicables conforme a la lógica rigurosa de la historia, pero perfectamente naturales para el que penetra el sentido de las enseñanzas, para el que no atiende ni quiere atender a los procesos cronológicos o históricos, si ellos no significan una unión interna y esencial de las verdades reveladas en el curso de los tiempos. Coincidencia muy explicable dentro de la cultura latinoamericana, que tiende a producir una síntesis profunda de todos los valores universales, y fundada en el juego libre del espíritu, en busca de la revelación y la belleza. Una síntesis superior al criterio que cataloga épocas y acontecimientos en orden de ciega sucesión, sin la fuerza de adivinar la verdad profunda que se desarrolla dentro del caos absurdo de los acontecimientos y de la historia.

Universalidad, que no es multiplicidad discorde y dispersa, sino aliento

organizador y creador; sucesión de relámpagos en la noche de los tiempos, teoría luminosa surcada a trechos de confusión y de sombras: esa es la historia del alma y esa es también la historia del mundo. La mentira que los sentidos forjan se rasga primeramente como nube rota por el sol, cuando resuenan en la conciencia los primeros cantos del Rig Veda y los mitos de Orfeo. La luz parece extinguirse apenas nace y las sensaciones corporales vuelven a rodearse de sombras, pero, periódicamente, las tinieblas se rompen, y se suceden los preceptos pitagóricos impregnados del ritmo interior de los seres, y los secretos de Osiris que son como el rásgar de muchos velos. Resuenan enseguida los gritos sublimes de los profetas hebreos, y se aclara la verdad en los diálogos sublimes de los Upanishads. Aparece en seguida como una aurora la doctrina de Buda Sakya Muni, el verdadero Bautista, el anunciador de Jesús cuya venida confirmó la profecía de los orientales que le llamaron el Buda Maitreya, el Buda Misericordioso. De esta suerte cobra sentido la historia, y el alma levanta su vuelo. Y dentro de tal visión de conjunto la de Dante es una de esas voces que proclaman y confirman las verdades eternas».

.....
«Claridades de los grandes cielos abiertos; estrellas de la noche profunda; ríos que fluyen; nubes que danzan; tierra extensa y mansa; todo es signo y trasunto de un devenir que corre y que a veces choca con nuestro destino que pugna. De allí nace el fuego desbordado de la fantasía que a semejanza de la potencia divina, ensaya con las formas la visión de los nuevos mundos. He aquí lo que se encuentra en Dante.

Como vidente lo concebimos los modernos: vidente y apóstol, y por lo mismo superior al genio: más que filósofo y más que poeta, iluminado. Era él uno de aquellos para quienes la vida es tragedia; tragedia, mas no desastre: transfiguración que produce valores eternos. Cuando el Dante habló la verdad cristiana renovada por San Francisco permeaba las almas de gracia, y la ansiedad, la angustia, la luz que palpita en las conciencias humanas y aun en el alma oscura de las bestias, todo pugnaba por libertarse en un cántico, y un cántico hecho acción fué toda la vida sublime del Santo. En seguida el Dante bajó al mundo de las sombras como si con el pensamiento pretendiera renovarlo, y así nació la «Comedia» apellidada «Divina»; como un ritmo profundo que nace en los conflictos infernales de la conciencia confusa y se depura y triunfa al confundirse con la fuerza, con la fuerza «del amor que mueve el sol y las estrellas»

.....
«Padre y maestro es Dante: padre por la energía de su espíritu que quisiéramos revivir en las almas iberoamericanas, y maestro de altivez y rectitud que debe servir de ejemplo cada vez que sea preciso luchar por la libertad, y finalmente, profeta por su don excelso de adivinar en los aspectos de la representación humana el sentido y el destello de la belleza eterna»...

*
**

¡CONDUCEME!

El verdadero amante de Dios es optimista. Busca y encuentra el aspecto brillante de las cosas. Puede extraer claridad del rincón más oscuro. Cruza la vida con una sonrisa, un canto de dicha, una fe permanente en el Absoluto. Ama toda vida y lleva consigo un mensaje de esperanza, de valor y de ánimo a todo. Es generoso, tolerante, clemente y bondadoso, desprovisto de odio, envidia y malignidad, libre de miedo y preocupaciones. Se ocupa de lo que le corresponde y concede a los otros la misma libertad. Está lleno de amor y lo irradia a todo el mundo. Pasa la vida de un modo feliz, dichoso al tropezar con lo que lleva a otros a la desesperación y a la miseria; pasa sin hacerse daño por los más pedregosos caminos. Su paz viene de adentro, y todos los que se acercan a él se sienten influidos por su presencia. No busca la amistad ni el amor, porque a él van atraídos. Él está tan en su casa en la vivienda del obrero como en el palacio del rico. Ambos sitios son para él como su morada. y sus ocupantes dignos de la misma consideración. Es hermano lo mismo del santo que del pecador, y a los dos ama igualmente, porque sabe que cada uno hace lo mejor que puede. Busca el bien en el pecador, más bien que el pecado en el santo. Sabe que él mismo no está exento de pecado, por eso no tira la piedra. El proscrito reconoce en él a un hermano, la mujer que ha caído confía en él sin miedo porque sabe que la comprende. Como él está cerca del Sol sabe que brilla sobre el santo y el pecador; opina que cuando Dios rehuse su calor a su más desobediente hijo, entonces podrá el hombre rehusar el amor a su hermano o hermana más degradada. No condena, no intenta usurpar las prerrogativas de Dios. Obra y obra bien. Encuentra dicha en su obra. Le gusta crear cosas, y está orgulloso de este deseo porque sabe que es herencia de su Padre. No se apresura ni se precipita. Tiene tiempo suficiente, todo el tiempo que hay, porque la eternidad dura siempre y él ya está en ella. Tiene fe permanente en el Absoluto. Cree en la Justicia infinita y en el Bien final. Sabe que el Padre está próximo a él, porque ha sentido el toque de la Invisible Mano. En la obscuridad de la noche ha sentido la pre-

sencia de su Padre, porque en el brillo deslumbrador del relámpago de iluminación ha visto su forma, y este recuerdo está grabado en su mente. Es humilde, cariñoso y bueno. Es una profecía del futuro. Si queréis ser como él, si sentís la llamada, no resistáis, contestad alegremente: «OIGO; obedezco; voy». Cuando sintáis el impulso no resistáis, abríos al Sol, recibid sus rayos, y todo irá bien. No temáis; tenéis en vosotros el amor que desaloja al temor. Poned vuestra mano en las del Absoluto, y decid: «CONDÚCEME».

ANÓNIMO.



Considerando el siguiente artículo inspirado en la corriente pura de pensamiento e intención propios del cristianismo efectivo, nos dispensará su autor que tengamos la satisfacción de darle cabida en VIRYA.

La Redacción

HACIA EL INFINITO

El hombre debe mirar hacia arriba en medio de sus luchas por la vida cotidiana. Si no hay al alcance un templo destinado para orar, sepa el cristiano que todos pueden adorar a Dios en el altar de su propio corazón, o en la cumbre de una montaña, o al raso, en el campo, al aire libre, teniendo por lámparas euca-rísticas las estrellas del cielo.

Para la verdadera adoración sólo son necesarios Dios y el alma humana.

En cualquier lugar y tiempo o estación puede encontrar el alma a Dios.

Los Libros Sagrados, las Escrituras Inspiradas, proceden de una sola fuente: DIOS. El habla a través de las almas que quieren escuchar su voz.

La sabiduría es el hálito, el soplo, el aliento del poder de Dios, que penetra en las almas, haciéndolas sus amigas predilectas.

El principio fundamental de todas las religiones es DIOS.

Todos los pueblos tienen su religión, más o menos racional, según su grado de civilización.

Los chinos dicen: «El entendimiento agudo ve la verdad que hay en las religiones; el entendimiento ob:uso sólo ve las diferencias».

Los doctores de la India enseñan que «para aquellos en quienes el amor mora, el mundo no es más que una sola familia».

En las Escrituras Persas se lee que sólo hay una religión.

El sacerdote de la Persia, dirigiendo los ojos a lo alto, hace su plegaria y termina diciendo: «Por cualquiera senda que vaya, llegaré a Ti, oh Dios».

La Divina Esencia es siempre el objeto supremo de la adoración y culto de los hombres.

El adorador de Buda—el sabio—recorriendo la mirada por el espacio y bajando los ojos de las alturas, habla en su interior diciendo: «Ancho es el manto de Dios y hermosos los colores con que lo adornó».

El cristianismo, la más perfecta de las religiones, dice con su Divino Fundador: «¿No somos todos hijos de un mismo Padre?»

De una misma sangre—la sangre de Adán— hizo Dios a todas las naciones que habitan sobre la haz de la tierra.

Las flores del altar son de muchas clases, pero la adoración es una.

Para el alma en armonía con el Infinito, los refulgentes colores del arco iris, los trinos del pintado pajarillo, el aroma de las flores, los poéticos albores de la mañana, los imponentes celajes vespertinos y los magníficos esplendores de las noches sin nubes, son revelaciones del amor del Padre que vive en las alturas.

MARCELO MALDONADO

Cura Párroco de Villa Colón

*
* *

Personas que muy de tarde en tarde escriben al señor R. Brenes Mesén, y que no le estiman y recuerdan menos por eso, se complacen en saber que en la Universidad de Syracuse, en New York, y en los adelantados círculos en que vive, se rinde culto a las dotes de ilustración y virtudes que le distinguen. Estas personas lamentan no tenerle a su lado, egoísmo tal vez disculpable, y aplauden la sinceridad de carácter que constituye el más saliente

distintivo de su fisonomía moral. Con fraternal saludo para el hermano distinguido y su digna familia.

TOMÁS POVEDANO

*
**

EL CLERICALISMO CATOLICO

Señor Editor del *Repertorio Americano*

Por cartas de personas que me honran con su recuerdo, me enteré de que un diario de esa localidad recogió y publicó el rumor de una conversión al catolicismo realizada por quien suscribe.

¿Me permitirá Ud. un breve espacio en las páginas de su ilustrada revista para denegar enfáticamente esa asección?

Si por catolicismo no se hubiese dejado—siglos hace ya—de comprender la catolicidad de la fraternidad humana, años ha que católico hubiera sido. Pero en un país donde los representantes autorizados del catolicismo sólo saben odiar con fervor y carecen de la cultura necesaria para corregir enseñando, para cautivar con su sabiduría o su elocuencia las curiosas e indómitas mentes de la juventud, un joven de cierto entendimiento no puede ser católico. Y más tarde en la vida, si se ha tenido—como felizmente tuve yo—tiempo y gusto por el estudio de las religiones comparadas; si se ha logrado descubrir y saborear el deleite incomparable del sentimiento genuinamente religioso, sin relación alguna con las formas limitativas de las religiones positivas de suyo circunscritas a determinados grupos humanos, si se ha tenido la fortuna de recibir, por una vez siquiera, un rayo de la luz espiritual del misticismo, entonces todas las religiones adquieren una encantadora seducción, porque todas nos llevan como de la mano a la inagotable fuente de la sabiduría divina; entonces no se puede ser católico romano, con exclusión de las demás religiones del mundo. Obsérvese que no hay un solo místico que sea católico romano, exclusivamente. Todos adquieren la entonación universal. Por eso los místicos constituyen la pesadilla de la iglesia católica. Ella les hace beatos y santos, contenta de que estén muertos. Mientras vivos, los más conocieron la prisión o la reclusión de los conventos.

La escasísima juventud pensante de ese país no debe olvidar que el romanismo es una fuerte organización política que aspira al gobierno de las naciones donde prevalece. Eso es lo que llamamos clericalismo. Ese es el peligro político que amenaza a esos pueblos: el triunfo de los ultramontanos es la muerte de las libertades públicas. Su perversidad moral es tal, que a sabiendas del profundo error se complacen en poner en juego los sentimientos de las masas para alcanzar proventos políticos esencialmente clericales. Confunden, deliberadamente, los intereses de la religión con los intereses de la casta sacerdotal, cosas que son, no solamente distintas, sino en los más de los casos opuestas.

Mientras la religión abre amorosamente los brazos para recibir a todos los hombres sin distinción de razas, castas, creencias o color, el clericalismo grita anatemas, excomulga, maldice, condena, calumnia y persigue. La religión ama; el clericalismo católico odia. ¿Quién no ha visto el rojo mefistofélico del odio coronando el púlpito? La religión tiene moradas para todas las almas, para todos los entendimientos, ilustra y da sosiego a todas las conciencias; posee sabiduría para saciar las más hondas y angustiosas ansias de conocimiento del investigador sincero y valeroso. El clericalismo católico, por el contrario, no tiene más que una puerta de entrada para todos y una sola morada sombría para todas las inteligencias. De ahí que tantas, las más sinceras, se devuelven o quedan en el círculo eclesiástico político con numerosas reservas mentales, o por gratitud, o por la inercia de quienes no dan importancia a los asuntos religiosos, considerándolos como impropios de sus altas capacidades y de su ciencia.

Ser católico y ser clerical no es una misma cosa, eso es obvio; pero en ese país el católico está compelido a hacerse clerical; de otra suerte, para el clero, no es enteramente católico, pues que conserva independencia de juicio. Y como el clericalismo condena los principios que en tanta consideración tenemos los hombres que hemos recibido la influencia de la cultura política y social de la época, no veo fácil mi conversión al catolicismo.

¿De dónde el rumor a que dió publicidad el diario a que aludí al principio? Probablemente a causa de la publicación de un ensayo acerca del Misticismo. Mas fuera de que allí se trata

esa cuestión en relación con los métodos de investigación de la verdad, el misticismo verdadero, el que es corazón y alma de toda religión, es universal y nada o poca cosa tiene que ver con las organizaciones eclesiásticas de las religiones positivas. Se puede ser místico, sin pertenecer a ninguna iglesia especial. La teología separa las religiones, el misticismo las une, dejando ver la inspiración común a todas ellas. El místico ama la Religión y cualquiera que sea el culto que practique, no es para él otra cosa que el vaso predilecto donde se sirve el vino de la sabiduría infinita. Pero él sabe que el vaso no es la sabiduría.

Si la noticia no se hubiese hecho circular con fines aviesos, no me habría detenido un solo instante a rectificarla. Yo no aspiro a ser un hombre consistente con sus opiniones de la juventud. Por el contrario, me esfuerzo en ejercitar el privilegio, humano por excelencia, de pensar. Aun me complazco, en mis horas de reposo, en tratar de pensar y sentir como sintieron y pensaron los hombres de otras edades, de otras civilizaciones, de otras razas, para experimentar el deleite de multiplicar mi ser en la profundidad de mi conciencia.

ROBERTO BRENES MESÉN.

Syracuse, New York, junio de 1922.



De la revista *El Universo*, que se edita en Puerto Rico:

«LAS TRES GRANDES LUCES

Las tres grandes luces de la Masonería simbólica son la Biblia, la Escuadra y el Compás, y el encargado de encenderlas, al empezar los trabajos en Logia, es el Maestro de Ceremonias.

En muchas Logias la Biblia es sustituida por la Constitución de la Orden, por el Korán, por el libro de los Vedas, etc., de conformidad con las creencias y opiniones de los hermanos que integran cada Taller.

Pero cualquiera que sea el libro que se coloque sobre el altar de los votos, él representa la sabiduría divina, siendo el símbolo de la revelación de la verdad.

Biblia o Constitución, Korán o libro de los Vedas, su significado es una expresión sincera y profunda del concepto espiritualista y creyente de la

Institución que proclama como verdades inconcusas la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.

Para el masón, para el verdadero masón, el libro que está abierto durante la ceremonia o solemnidad tiene en sus páginas eternas y luminosas, condensadas en parábolas o en estrofas llenas de vida lírica, las reglas indestructibles de la moral más austera y es una visión clara y constante de la senda que conduce a la propia y a la ajena felicidad.

La Escuadra es un ángulo de noventa grados, esto es, la cuarta parte de un círculo, siendo el símbolo de Lo inmutable. Es una fórmula científica, aceptada por todos los pueblos de la tierra. Representa el 47 problema de Euclides, del cual opinan los sabios que es la geométrica expresión de una de las invariables leyes sobre las cuales descansa la construcción matemática del Universo.

Según nuestras leyendas emblemáticas es la Escuadra el símbolo de la Justicia divina, invariable, universal.

El Compás simboliza el Amor infinito de Dios hacia sus criaturas. Así como las puntas del compás se dirigen a todas las direcciones geográficas, el Amor infinito de Dios se dirige constantemente a todas las almas, sin que exista un solo momento en que no estemos en presencia del Gran Arquitecto del Universo.

El Compás representa también el cielo, lo infinito; la Escuadra es el emblema de la humanidad en su perenne evolución hacia la luz, y la Biblia es el espíritu de la verdad que se dilata en las inmensas páginas de la vida.

Impulsado por estas ideas el hombre lucha incesantemente por los eternos principios que constituyen los sagrados e inalterables límites de la masonería; la creencia en Dios, el concepto de la inmortalidad del alma y la fraternidad humana.

Y este bello poema de la Vida universal se repite constantemente en las Logias, colocando el Compás sobre la Biblia y bajo la Escuadra, en cambios sensibles desde el grado de aprendiz hasta el de maestro, siendo el simbolismo tan claro y la idea tan perfecta, que el espíritu menos perspicaz puede observar sin dificultad alguna la hermosa leyenda en que se espiritualiza la materia en su divina ascensión a los cielos, volando en alas de la virtud, desde la piedra informe y sin pulimento a la piedra cúbica, de brillantes facetas, iluminadas por la perfección; y desde la piedra cúbica al triángulo inmortal formado por estas líneas rectas: sabiduría, justicia y amor, que en expresión sintética es el ojo inefable del Gran Arquitecto del Universo, resplandeciendo siempre sobre el trono del Venerable Maestro.

Por eso es que ninguna Logia en el mundo puede abrir sus trabajos sin que se desplieguen tales símbolos, que indiquen claramente el grado en que se trabaja.

La vida es una constante vibración hacia un ideal. Por amplias carreteras o por estrechos y peligrosos senderos es preciso avanzar hacia la perfección. Y así, pacientemente, vamos labrando la piedra cúbica en nuestros humanos empeños hacia la virtud y en nuestras profundas abstracciones en

pos de la verdad. Por eso es que en la vida masónica no se concibe ni la inercia ni el pesimismo. Es necesario avanzar con la visión del triunfo. Sabiduría, justicia y amor. He ahí el bello triángulo simbolizado por la Biblia, la Escuadra y el Compás y que sirve de foco luminoso en nuestros senderos hacia la perfección.

Hay que pensar que todos los infortunios que nos alcanzan, dependen de nosotros mismos. El mundo es una obra perfecta. Lo regula una Ley divina. Lo alumbraba una Sabiduría infinita. Lo sostiene un Amor sin límites. Y si actuamos de conformidad con tales ideas, si no olvidamos los fecundos símbolos que vemos siempre sobre el altar de los votos en nuestros templos, si vibramos constantemente en una atmósfera de sabiduría, de justicia y de amor, como nos enseñan las Grandes Luces de la Orden, tendremos la satisfacción espiritual del cumplimiento de nuestros deberes, de donde derivaremos supremas energías para afrontar serenos y tranquilos, las tempestades del mal que constantemente nos amenaza, y del dolor con que nos hieren los eternos enemigos de nuestra felicidad: el odio, la hipocresía, la ignorancia y el fanatismo.

MODESTO CORDERO.

* *

PARRAFOS DE «RECOGIMIENTO»

LIBRO QUE EDITARÁ PRÓXIMAMENTE EL SEÑOR GARCÍA MONGE

Objetas que *todo está dicho* desde hace miles de años. Ciertamente; pero sólo unos pocos bordean el camino que insinuaron los orientales de la literatura vedandina. En esos libros antiguos, de hace cuarenta siglos, encontramos que el hombre tiene poderes supremos y que por su triple naturaleza es divino.

«El Mahabarata», por ejemplo, que es el poema épico más trascendental que conozco, entre sus 200 mil versos contiene un fragmento que se ha coleccionado separadamente con el nombre de «Bhagavad-Gita» (El Canto del Señor). Este Bhagavad encierra toda la Sabiduría; y de él hace tres mil seiscientos años ya; y de este libro, muy pocos saben...

Quien tenga el Bhagavad-Gita como obra de estudio constante, tiene una escuela en que se aprende el conocimiento de los secretos físicos, psíquicos, mentales y espirituales de la naturaleza. Quien lo estudia amorosamente oye el eco, a través de los siglos, del hermetismo. Es la Kábala del Occidente; es la magia y la filosofía yoga del Oriente; es la asombrosa y extraña teoría de los antiguos Iniciados que AHORA está poniendo al alcance de los hombres que buscan.

La mayoría de los hombres no buscan; pesa sobre ellos una indiferencia ancestral para la vida y, hasta hoy, muchos parecen haber querido ignorar lo que son y lo que pueden ser. No han podido saber que la vida es maravillosa y que tiene un sentido profundo de verdad. Basta un poco de atención

para saber que el Ser Divino está en todas las cosas y que todas las cosas son El. Lo que pasa es que muchos buscan el cielo con comodidad y reniegan de vivir porque hallan dolor. Pero el yámbico rotundo de Séneca nos dice:

Non est ad astra mollis e terris via.

Mas, si está en todos los hombres la capacidad receptiva para oír y ver la Verdad, ¿por qué son tan pocos los que tienen esa percepción? El Maestro responde: vé en busca de los Senderos, pero sé limpio de corazón. Aprende a distinguir lo verdadero de lo falso, y, sobre todo, haz diferencia entre la *Sabiduría de la cabeza* y la *Sabiduría del Alma*. Distingue entre la «doctrina del ojo» y «la del corazón». Porque se ha dicho: «Aun la ignorancia misma es preferible a la Sabiduría de la cabeza sí ésta no tiene la del alma para iluminarla y dirigirla.

La doctrina «del ojo»—se ha dicho,—es para la multitud; la del corazón para los elegidos. Los primeros repiten con orgullo: VED, YO SE. Los segundos dicen en voz baja: ASI HE OIDO YO...

No es precisamente esa sabiduría que tú te empeñas en adquirir la que abre en el hombre la visión intuitiva y espiritual. Con «tu sabiduría» serás un erudito; pero nada más que un erudito. Y te parecerás al águila que se remonta y colmarás así tu sueño. ¡Pero piensa que es mejor estar abajo para ver hacia arriba,—como el hombre,—y no estar arriba para ver hacia abajo, como el águila con que sueñas, o como el zopilote!

ROGELIO SOTELA



UN FENOMENO QUE HUBIERA CAUSADO UN ESPANTOSO CATACLISMO

El martes 31 de enero, la Tierra, en su movimiento de traslación, se separó de su centro unos cuantos momentos y sus polos se movieron en busca del nuevo centro de rotación.

Por consecuencia de este extraordinario fenómeno, unos cuantos millares de toneladas de roca sólida, cerca de la costa occidental de Estados Unidos, se hundieron en el fondo del Océano Pacífico.

El seismógrafo registró una desviación de milímetro y medio. Los observadores dicen que no pueden asegurar si el desplazamiento fué horizontal o vertical.

Ésta es la forma en que los profesores de geología y los observadores seismográficos han explicado la causa de las violentas vibraciones de la Tierra que desmoralizó los instrumentos de los observatorios el día 31 de enero. Aun no se ha determinado el lugar exacto dónde ocurrió el hundimiento o deslizamiento, si bien los observadores, desde Washigton a Berkley,

California, convienen en que es probable que haya ocurrido a unos centenares de millas de la desembocadura del río Columbia.

La ausencia de noticias referentes a un quebrantamiento de la superficie visible de la Tierra o de grandes olas que usualmente se producen y parten de la escena de un terremoto, hacen creer a los observadores que derrumbe ocurrió en el fondo del Océano. Su violencia fué comprobada por los seismógrafos; que en algunos casos se salió del rollo de papel destinado a registrar las líneas, mientras que un aparato de Berkley, destinado a acusar grandes terremotos, se puso en movimiento por vez primera después de muchos años.

El singular fenómeno sólo fué observado en los observatorios seismógrafos, fuera de esos centros científicos, en los cuales los instrumentos modernos acusan con regularidad matemática los movimientos, por más insignificantes que sean, de nuestro mundo en sus diversas marchas, nadie sintió que la Tierra, debido a extraña y poderosa influencia, había perdido la orientación: si el fenómeno dura algún tiempo más, la masa enorme de hielos hubiérase desprendido de los polos levantando en los océanos olas inconmensurables que inundarían la Tierra como sucedió en el último diluvio: entonces, la muerte por el agua y por el frío habría acabado con esta humanidad que tan preocupada anda con lo que dice el vecino.

*
*
*

ADMIRABLE Y EFECTIVO ESFUERZO

Trabajos efectuados por la Administración de la Cruz Roja Americana en Rusia, hasta el 15 de febrero pasado.

Notas tomadas del «New York Time», de mayo.

UKRANIA.—Radio de acción, la del país, que es de 178,000 millas cuadradas, con una población de 25 millones de seres humanos; siendo de ellos 3 y medio millones judíos.

La población de niños hasta la edad de 15 años, es de 11 millones.

Del total de la población hay sin alimentos ni asistencia 3,700,000, y de ellos 1,600,000 son niños.

Han quedado reducidos a un 25 % los animales de tiro y para destace que existían en la Ucrania.

En todas las ciudades del Sur de Samara se han instalado cocinas americanas.

La mortandad está aumentando cada mes de modo alarmante.

En el Distrito de Ufa se presentaron los niños hasta de ocho años a recibir su ración, enteramente desnudos, y la temperatura en aquella fecha era de 15 grados bajo cero.

Se recibió una donación de la Cruz Roja Americana de tres millones de dollars, los que fueron empleados en la compra de 35,000 cobijas, drogas, ropas y elementos para hospitales.

En Stavropol ha instalado la Cruz Roja Americana 105 cocinas, con las

que está alimentando a 23,000 niños, lo que representa el 68 % de la población infantil de dicho lugar.

En otras ciudades están alimentando hasta el 90 % de la población infantil.

La Administración de la Cruz Roja Americana averiguó que en ciertos distritos se encontraban grandes bosques con la corteza de los árboles arrancada hasta una altura de seis pies; y pudo comprobarse que, la razón de esto era debida a que habían estado alimentándose con ella para hacer pan, formado por corteza de roble molida, yerbas y arcilla.

Un caso notorio de la buena organización y rapidez con que trabaja la Cruz Roja Americana, es el siguiente: El Presidente Harding presentó una propuesta al Congreso Americano para destinar 20 millones de *dollars* para los hambrientos rusos, y 55 días después de haber sido hecha esta solicitud, comenzaron a llegar a la región del Volga sesenta carros diarios de maíz, con un peso de 900 toneladas cada convoy.

El 15 de febrero de este año estaba suministrando alimento la Cruz Roja Americana en los siguientes lugares:

En Saratov, a 174,000 personas; en Kazán, a 317,216, con 2,356 cocinas y 362 instituciones; en Ufa, a 105,778 personas, con 874 cocinas; en Samara, a 257,994 personas, con 1,309 cocinas y 194 hogares; en Orenburg, a 148,365 personas; en Moscow, a 36,717 personas; en Sinbirsk, a 235,776 personas, con 1,224 cocinas y 232 instituciones; en Tzaritzin, a 111,732 personas, con 464 cocinas, incluyendo adultos y enfermos, y en Petrogrado, 35,000 personas, con 112 cocinas y 30 instituciones.

Están alimentando sólo en esta sección de la Rusia, a 1,422,581 personas diariamente.

*
*
*

TRIBUNA PARA TODAS LAS IDEAS

POR LA TEOSOFIA

San José, mayo 4 de 1922.

Señor Director de «La Tribuna»

Estimado señor:

Al darle a usted gracias por la atención concedida a mi carta del día 28 de abril, tengo la satisfacción de agregar como complemento de la misma lo siguiente:

Doña Colomba Pierra de Beltrán entregó a don Enrique Jiménez Núñez, y este señor deja a mi cargo para la remisión a su destino, la cantidad de 500 colones, producto líquido de lo recaudado en la velada que se verificó en beneficio de los niños rusos el 25 de abril en el Teatro Variedades, debiéndose notar que el buen resultado obtenido se debe en parte a la generosidad del señor Urbini, su empresario.

Respecto de los comprobantes de la cantidad antes citada en la carta del 28, y la de hoy, cúpleme decir que se hallan en mi poder a disposición de quien quiera conocerlos, así como los correspondientes a los gastos de la velada.

De manera, pues, que nuestras logias de la Sociedad Teosófica, han tenido la dicha de reunir hasta la fecha y de poder enviar a su destino la suma total de colones 1,940.85.

Ahora, señor Director, confiado en la amplitud de su criterio, y no sin temer abusar de su bondad, espero se digne manifestar si me será dable poner reparo por medio de su imparcial y desapasionado diario a las acometidas de que viene siendo en Costa Rica blanco escogido la Teosofía, y no sólo ella sino otras nobles instituciones,—conquistas preciadísimas del progreso universal, que pugnan con preocupaciones y rutinas—. Dignas de respeto, como debe serlo toda sincera opinión y creencia, obstáculo efectivo opuesto al adelanto, a la realización de la armonía y la concordia a que deben aspirar los pueblos amantes de la libertad, de lo justo y de lo bueno.

Considero inconsulto y contraproducente cuanto se propala y se inventa en desprestigio de la Teosofía y la Sociedad Teosófica, e impropio de la cultura notable de este país, si se advierte que las ideas carentes de virtud llevan en sí el germen de su ruina, y viceversa, a propósito de lo cual dijo un avisado y prudente doctor en importante concilio: «no os metáis con esos hombres, porque si su designio o empresa es obra de ellos por sí misma se desvanecerá: pero si es cosa de Dios, no podréis destruirla y os expondréis a ir contra Dios».

Pido, pues, campo en la noble lucha de las ideas a que se nos llama teniendo por lema el *Deus meunque jus* de una institución salvadora de los derechos naturales del hombre y celosa del cumplimiento de sus deberes y, proclamándome ferviente cristiano; pero cristiano de la iglesia espiritual en que comulgan los hombres de buena voluntad sobre toda la tierra y termiuo hoy diciendo: Todas las religiones sirven de auxilio para la realización del plan divino de la evolución; pero no hay religión más elevada que la Verdad.

De usted Affmo.,

TOMÁS POVEDANO

(De *La Tribuna*).



NOTICIAS

DE CERCA Y DE LEJOS.—DE THEOSOPHY IN NEW ZELAND

Al referirse ahora a nuestra Presidente las publicaciones, la denominan «Doctor Annie Besant»—lo cual nos regocija—en reconocimiento de sus

grandes servicios a la educación en la India, y cuyo título honorario de Doctor en Literatura le ha sido conferido por la Universidad Hindú de Benarés. Nos agradan más, sin embargo, nuestros grandes plebeyos sin títulos, y siempre pensaremos de ella con el nombre que días y años de noble labor y sacrificio nos ha sido tan querido. No hay ahora lugar en nuestros corazones para prefijos o suñjos. «¡Annie Besant!» ha sido tanto tiempo el foco de nuestro afecto y admiración! No obstante, debemos colocar ahora al final de su nombre las letras D. L. en los documentos oficiales.

Este grado fué conferido primero por la Universidad a S. A. R. el Príncipe de Gales, y al día siguiente, el 14 de diciembre, fué Mrs. Besant la segunda persona honrada de ese modo. Ella inició y fundó hace diez y ocho años el Colegio Central Hindú, traspasándolo eventualmente cuando se organizó la Universidad Hindú de Benarés. Pero, quizás fué un servicio aun mayor el regreso del pensamiento indio a sus gloriosas tradiciones y a su antigua cultura, a menos de que se vuelva meramente imitativa y adopte un tono occidental materialista, no armonizado con su genio. Mrs. Besant era Jefe del Colegio cuando nuestro Rey y nuestra Reina—entonces Príncipes de Gales—lo visitaron, siendo por lo tanto, peculiarmente placentero ser felicitada por su hijo en los mismos salones, aunque no estén ya bajo su control, y compartir con él el más alto honor que puede otorgar la Universidad.

Dice el «Times of India» que «ella representó una parte importantísima si no la principal, en el resurgimiento del interés en la ilustración india. El Colegio de Benarés fué el padre de la Universidad Hindú; esa Universidad se honró a sí misma y dió un ejemplo admirable, reconociendo a los verdaderos promotores cuando se decidió a conferir este grado.»

Mrs. Besant ha aprobado la indicación hecha por Mme. de Manziarly de que en febrero 17 todos los teosofistas del mundo entero dirijan sus pensamientos de amor a Adyar.

En febrero 17, 1907, desencarnó nuestra Presidente-Fundador.

En febrero 17, 1600, fué quemado Giordano Bruno.

En febrero 17, 1847, nació Carlos W. Leadbeater.

Tendremos ahora, por tanto, tres festivales para la Sociedad Teosófica, en pleno:

Febrero 17, el Día de Adyar; mayo 8, el Día de Conmemoración consagrado a los que han pasado el más allá; y noviembre 17, el Día de los Fundadores, de donde data la vida de nuestra Sociedad.

Según el informe presentado en la Convención Anual celebrada en la India, la Sociedad Teosófica contaba en diciembre de 1921, en el mundo entero, con 1,349 Lógias, y 40,407 miembros, con un aumento de 7,087 miembros en el pasado año.

Mr. George S. Arundale, ex-Secretario General de la S. T. en Inglaterra, ha sido nombrado Comisionado por la Educación, por el Gobierno de S. A. el Maharaja Holkar Badahur de Indore. Indore es uno de los principales Estados de la India.

A LOS PIES DEL MAESTRO, por J. Krishnamurti.

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores, que ya está a la venta la nueva edición de este interesante librito; alto exponente de espiritualidad.

Los que deseen adquirir en cantidad dicha obra, pueden dirigirse al Administrador de la Revista Teosófica, Apartado 365, Habana.

* *

Son muy recomendables los nuevos libros llamados a enriquecer el gran caudal de obras teosóficas, «Talks With a Class», de la eminente Doctora Miss Annie Besant, y Theosophy in the Light of Hinduism de Purenđu Narayan Lina. Estos libros fueron editados por The Theosophical Publishing House en Adyar, Madras, 1921.

* *

«LA HERMANDAD BLANCA»

Dice de sí esta nueva revista, procedente de Masaya, Nicaragua, «que es blanca» porque sus fines son en realidad blancos, exentos de toda mancha, lo cual no deja de ser empresa árdua en este mundo; pero cuando tal afirmación se hace, fundamento tendrá, lo que sinceramente desea ver realizado la redacción de VIRYA, que agradece muy sinceramente la visita.

* *

El día 27 de mayo último, tuvimos la satisfacción de constituir un interesante grupo de «La Cadena de Oro», el cual se desenvuelve con notable efectividad. En el siguiente número de esta publicación se darán detalles acerca de tan grato acontecimiento.

T. P.

*
* *

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta al entrar a formar parte de la Sociedad cuáles son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige a cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros la misma tolerancia que para sí quiere.

Equívocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía a este propósito: «Si hablas de la TEOSOFÍA, contesto que así como ha existido eternamente a través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir; porque la TEOSOFÍA es sinónimo de la VERDAD ETERNA».

